Po 25.

mas alarmantes, tuvo su madre que volverse precipitadamente con ella á Madrid. Felipe está loco (Con mucho calor y rapidez en el decir): jura que la ama con todo su corazón, y deplora amargamente haber procurado olvidarla. Execra la bolsa y los negocios; execra la hora en que pensó unirse á otra mujer, y á Rafael y á mí—sépalo usted, señor mio,—á Rafael y á mí nos bendice, y nos llama sus bienhechores.

CECILIA.

¡Lo estás viendo, papá?

MARQUÉS.

Con viva emoción.

Abrazados se quedaban ahora los dos primos, llorando á lágrima viva como dos criaturas.

CECILIA.

Enjugándose las lágrimas.

¡Qué gusto! Felipe me dará la razón.

DON PABLO.

¿Conque todavía se quieren? (Conmovido, pero sin querer aparentarlo.) Mire usted, ¿quién se había de imaginar?..... Pero no veo que este asunto pueda arreglarse. Mendoza seguirá firme en sus trece..... Querrá para Matilde un novio que tenga tanto como ella..... ¡Qué padres, Dios mío, qué padres! ¡Sacrificar á una hija por el vil interés! (Cecilia le tira de la levita.) ¡Qué quieres! (Volviéndose hacia ella con enfado.) ¡Ah! Sí, consiento. Rafael tira el dinero, es verdad; pero no hace porquerías por adquirirlo.

MARQUÉS.

Eh, ¿qué significa?.....

CECILIA.

Bajando la cabeza como avergonzada.

(¡Delante de él!.....)

DON PABLO.

En esta casa ha entrado una epidemia de amor. (Como aturdido, y hablando muy de prisa hasta el fin de la escena.) Tú tenías razón, y yo estaba en babia. Voy á ver al otro. (Se retira hacia el foro y vuelve al lado de Cecilia.) ¡Ah! Cuenta con el piso principal de la casa nueva.

Se retira de nuevo hacia el foro.

CECILIA.

Levantando la cabeza con expresión de gozo.

¡Sí?

DON PABLO.

Y mira, recuérdame que mañana mismo (Volviendo otra vez.) mande abrir la puerta de comunicación.

CECILIA.

No se me olvidará.

El Marqués los contempla con íntima satisfacción.

DON PABLO.

Pues oye: también convendrá que hagamos otra reforma. (Repitiendo el mismo juego.) La casa no es muy grande.....

CECILIA.

Vaya: para los dos solos.....

DON PABLO.

Es que tú cuentas sin la huéspeda.

CECILIA.

¿Qué huéspeda?

DON PABLO.

Nada. (No sé lo que me digo.) Pero, en fin, la cocina había de estar de más, y en ella podremos hacer una hermosa habitación para el ama.

CECILIA.

¿Para quién?

DON PABLO.

Para nadie, hija, para nadie. (Estoy tocando el violón.) ¿Dónde quedaban esos chicos?

Al Marqués.

MARQUÉS.

En mi cuarto.

DON PABLO.

¡Es cosa de perder la cabeza!

Vase por el foro precipitadamente.

ESCENA VI.

Cecilia y el Marqués.

MARQUÉS.

Con que dígame usted, señorita: ¿ahora salimos con que está usted enamorada de su primo?

CECILIA.

¡Sí, bueno es usted! Bien se ha divertido á mi costa.

MARQUÉS.

¿Y me guardas rencor?

CECILIA.

¿Rencor? ¿Sabe usted el bien que me ha hecho? Á no ser por usted, no hubiera yo conocido el amor que tenía á Rafael y me hubiera casado con el otro.

MARQUÉS.

¿De veras amas á Rafael?

CECILIA.

Tanto como Matilde á mi hermano; tanto como Luisa á su marido. ¡Y si viera usted qué cosa tan buena es amar!

MARQUÉS.

No hay mayor delicia en la tierra.

CECILIA.

Parece como que una se hace mejor, como que el alma se engrandece y eleva. Desde que amo á Rafael se me figura que quiero más á mi padre y á mi hermano, y á usted, y al mundo entero.

MARQUÉS.

¡Pobre Cecilia!

CECILIA.

¡Pobre?

MARQUÉS.

Mira, hija mía: Rafael tiene también sus defectos; es orgulloso, y á pesar de mis súplicas y reconvenciones, jura que nunca se casará contigo.

CECILIA.

Con sentimiento.

¿Por qué? ¿Me tiene en menos?

MARQUÉS.

No; pero le asusta la idea de recibir con tu mano un millón de dote.

CECILIA.

¿Y no es más que eso? Dígame usted: ¿con lo suyo y lo mío reuniría mi hermano lo bastante para poder casarse con Matilde?

MARQUÉS.

Seguramente.

CECILIA.

Ahora mismo voy á echarme á los pies de papá y á rogarle que me permita ceder mi dote á Felipe.

MARQUÉS.

¡Cómo! ¿Hablas de formalidad?

CECILIA.

Á ver si soy yo una chiquilla insustancial y casquivana, una coquetuela de tres al cuarto, una mercachifle.

L01476